—¿Qué negocio es ese?

—No puedo decirte absolutamente nada. Me ocupo mucho de él... Dentro de dos ó tres dias te lo explicaré todo y ya verás qué excelente es... Solo que vas á tener celos, á pesar de tus furias momentáneas.

La joven replicó con desdén:

—¡Celosa!

Marcial se inclinó á su oido.

—Se trata de una boda.

—¿Para quién?

—¡Para mí! Un dote enorme... Una fortuna de príncipe... Es un asunto tan novelesco como real... Coger sobre el dote lo que te he pedido, es una miseria... Doblaré la suma... la triplicaré... haré todo cuanto quieras para poder ver una sonrisa en tus labios de rosa... Y olvidaré las injurias... Me parece que no puedo ser más magnánimo.

—No creo ni una palabra de lo que dices.

La rodeó el cuello con los brazos, y muy cerca de sus labios, murmuró:

—Y de esa futura de los millones, tan solo querré el dinero... El amor para tí será... Buenas noches.

Alejandra se quedó muda. Se burlaba de ella, como siempre. Estaba segurísima de ello.

Cuando se halló sola, se limpió la frente que estaba húmeda de sudor, y furiosa contra él y contra ella, exclamó rechinando los dientes:

—¡Cobarde, ladrón, bandido! ¿Quién me deshara de tí?

¡Hacia ya mucho que los hermosos días de otros tiempos habían pasado!

XV

Orgia nocturna.

Cuando el ex agente de seguridad volvió á París de regreso de su viaje á Bretaña, es inútil decir que fué acogido sin entusiasmo por sus amigos de la calle de Provence.

Volvía triste y desconcertado.

Las ironías del tabernero de Landeron le perseguian hasta el comedor adornado con rarísimas pinturas.

La dueña le fustigó con toda clase de burlas.

Los sueños de oro se desvanecian siempre.

¡No tenía suerte!

¿Quién haría caso de él?

¡El, hacer fortuna!

¡Quiá!

Durante quince días consecutivos fué acogido con una avalancha de sarcasmos.

Todo el mundo metía baza, hasta Marcial, que no demostraba á su presumido padre ni el menor respeto.

Por fin se calmaron.

La vida de aquella casa volvió á normalizarse.

Después de todo, era una de tantas decepciones como había tenido Buscare.

¿Qué le podia importar una más?

Además, tuvo una ligera compensación.

Los dueños de la agencia, puestos á flote por las entregas del marqués de Bordes y de la

condesa de Busey, habian emprendido los trabajos.

Buscare fué encargado de asuntos misteriosos, y Fribur estuvo generoso con él.

El gran negocio, sobre el cual el jorobado habia fundado inútiles esperanzas, empezaba á dar resultados, y se proponia estrujar de tal modo á sus clientes, que en muy poco tiempo pensaba reponer el déficit de la caja.

Los periódicos se llenaron de anuncios misteriosos, una correspondencia enorme se iba amontonando sobre el pupitre del jorobado.

Si bien era cierto que trabajaba muy poco, parecia, en efecto, demostrar que hacía lo imposible.

Lo cual no impedia que el negocio no adelantase ni un ápice.

Huchar y Fribur no oian hablar de Petra Tregneu ni de Susana; parecia que no habian existido.

Buscare, que odiaba á sus principales, no les hubiese dicho lo que sabía ni por cincuenta mil escudos.

Cuando se tiene carácter se demuestra.

El gascón lo tenía.

Además, conservaba una secreta esperanza.

En suma; él era el único que conocia algo preciso con respecto á Susana.

Desgraciadamente para él, los interesados permanecian en la sombra.

El astuto Fribur los acaparaba y los guardaba cuidadosamente.

Pero á los primeros resplandores que iluminaran aquella oscura situación. Buscare se proponía aprovecharse de su superioridad, vendiendo su secreto al primero que estuviese en disposición de comprárselo.

El bodegón tuvo en aquellos días una distracción que duró unos cuantos.

Fani, la bailarina del Olimpia, la apasionada amiga de Marcial, tuvo al fin su hora de éxito. Hizo una conquista inesperada.

Un americano de paso en Paris, la había visto en el Boulevard y se había enamorado de sus encantos anémicos.

La pobre muchacha no pudo resistirse á la lluvia de dollars que aquel habitante de Chicago, enriquecido en el comercio de puercos, ¿por qué no decirlo? se divertía en hacer caer en forma de lluvia sobre su rubia cabeza.

Fani poseia entonces una habitación en la calle Vignon, muy cerca del Boulevard, llena de muebles que un tapicero había llevado en menos de veinticuatro horas.

Estaba vestida como una princesa.

Llevaba en los dedos anillos de mil escudos y en las orejas solitarios de diez mil francos.

Tenía un hotelito en Enghien, á orillas del lago, rodeado de un precioso jardín.

Era tan feliz como una reina y hacía recaer aquella opulencia sobre sus amigos de la calle de Provence.

La pobre joven no sabía defenderse.

Pertenecía al número de personas que vienen al mundo para ser esquiladas como ovejas.

Marcial se decía que sacaría el mejor partido posible y que vería la manera de quitárselo todo de una vez; pero por entonces demostraba un desinterés que no tenía más que un objeto,

llevarla á concesiones que serían tanto más importantes, cuanto importante fuese el tiempo transcurrido en hacérselas.

Por lo demás, ¿no tenía una víctima que le daría lo suficiente para ir tirando unos cuantos dias más, y con la cual jugaba como el gato con el ratón?

Tenía bien sujeta á la encargada de Carolina Ramel y no se le escaparía por temor al escándalo.

No diremos que fuese una excelente persona, ¿pero no vemos acaso muchos que se le parecen, paseándose por el boulevard, muy bien vestidos, con botas de charol y una flor en el ojal?

Nuestro fin de siglo vale poquísimo.

Al salir de casa de Alejandra, que con mucho gusto le hubiese enviado al patíbulo si hubiese tenido poder para hacerlo, tanto el cansancio que por él sentía se había cambiado en aversión, se dirigió á la avenida de la Opera á fin de llegar á la calle de Provence.

Durante el trayecto no podía por menos de pensar en el hermoso rostro que había visto por un momento á la pálida luz de la luna y de las estrellas, que le iluminaba como una batería de luz eléctrica.

¡Qué encantadora cabeza! Qué dulcísima voz!

De su conversación con Alejandra tan solo se acordaba que la hermosa vecina de su querida estaba en París desde hacía poco tiempo y que se llamaba Susana.

—¿De dónde procedía?

No era difícil saberlo, puesto que se la podía encontrar cuando se quisiese.

Serían las once cuando llegó al bodegón.

El comedor estaba brillantemente alumbrado.

En seguida preguntó:

—¿Qué, hay fiesta hoy?

—Es la hora de cenar.

—Entonces llego á buena hora.

En aquel instante el tenor del Horlage empezó á dar berridos, para emplear los términos de la casa.

Estaba muy contento.

La noche no podía tener mejor término.

—¡Oh! pero por lo visto se celebra aquí una boda—dijo con su sonrisa habitual, viendo la mesa puesta con un esmero especial, con mantel limpio, flores en todas partes.—¡Cuerno, cuerno!... ¿Quién es el afortunado?

No cabía en sí de gozo.

Aspiraba con delicia los buenos olores que salían de la cocina.

La dueña dijo:

—Es Fani que nos ofrece un convite.

—¿Y no se me ha avisado?

—Era inútil... Sabido es que tú no dejas de venir por aquí en los días buenos... Parece que te llaman con campanillas.

—Puede... ¿Habrá señoras?

Dos coristas de la Scala llegaron en aquel momento; la una vestida de azul, y la otra de colorado.

—Ya no nos faltan más que dos ó tres colores para tener el arco iris completo — dijo el tenor alegremente.

Las jóvenes preguntaron á Marcial:

—¿Cómo estás?

—Bien.
—No se te vé. ¿Qué es de ti?
—Se busca la vida—dijo el cantor.
—¡Y no la encuentra!
—Ya la encontrará; el mejor día le lloverá un fortunon del cielo.
—Es posible; ya veis si ha tenido suerte ese esqueleto de Fani—dijo la que iba vestida de colorado.
—No nos ocurrirá eso á nosotras—suspiró la de azul.
—Hay que tener paciencia, hijas; ya os llegará el dia...
—¿No sabéis que está á punto de ser despedida?—dijo la de rojo.
—¿Quién?
—Fani.
—¿Del Olimpia?
—¿No os lo ha dicho?
—No se la ve apenas. Además ella no se ha puesto nunca moños.
—Ni puede. La silban todas las noches.
—Lo cual es un éxito... Se ocupan de ella.
—Un dia de éstos la van á tirar patatas cocidas; pero ya poco la puede importar.
—¿Por qué?
—Porque el habitante de Chicago que paga porque la conserven en los carteles se divierte como un rey.
—¿De modo que viene esta noche?
—Claro, puesto que ella paga el convite.
—¿Está libre?
—Para un mes.
—El tipo tiene que ir á dar una vuelta por América.

—Yo le creia tan celoso como un Otelo—observó el tenor.
—Sí, pero lo primero son los negocios; además, dice que no es tan bonita para que traten de quitársela.
—¿De modo que tiene confianza?
—Por lo que se vé, sí.
Llegaron dos nuevos comensales, un pintor y un escultor; este último se decía que no había logrado que ninguno de sus muñecos se tuviese de pie.
Después llegó una antigua artista de Cluny, que se había convertido en tendera muy cerca del bodegón donde comia á causa de las pocas utilidades que obtenía.
—Son las once y media—dijo el cantor;—parece que tengo ratas en el estómago.
—Mejor es para tí tenerlas ahí que no en la garganta.
—¿Cuándo se empieza?
La puerta se abrió.
Fani entró.
—Ya está aquí la reina de la fiesta—exclamó una de las dos coristas.
En seguida se pusieron á la mesa.
—Que sirvan pronto,—ordenó el cantor.
Dió en la mejilla unos golpecitos cariñosos á la bailarina, diciendo:
—Te va bien, ¿eh?
La joven suspiró ruidosamente.
—Lo creo. ¡Estás libre!
—¿Se ha marchado?
—Sí, hace un rato, en el tren de las seis.
—¿Para el Havre?
—Sí, y pronto estará embarcado... Os asegu-

ro que estoy contentísima por encontrarme entre...

—¡Una compañía tan escogida!...

—Claro.

—¡Tan selecta!

—Nunca hablas con seriedad.

—¡Qué! no se le dan las buenas noches á ¿Marcial?

—¿Está aquí?

Marcial no tomaba la menor parte en la conversación.

Se habia tumbado sobre un banco, en un rincón del comedor, y parecia extraño á todo cuanto le rodeaba.

Desde hacia un buen rato una idea le daba mil vueltas en la cabeza.

La joven que por casualidad habia visto en la calle de Saint-Honoré, se le presentaba sin cesar en su imaginación.

Preguntó á su madre:

—¿No va á venir Buscare?

—Le estoy esperando.

Fani se habia precipitado hacia él.

Le devoró á caricias.

—¡Y yo que no te habia visto!—le decia.—¡Qué tonta soy!

Precisamente en aquel momento Buscare apareció en la puerta y se internó en la caverna.

No parecia estar muy contento.

Su cara de aventurero gascón estaban tan sombría como la de un actor en un melodrama.

El tenor le preguntó:

—¿Qué os pasa, querido Buscare? ¿Estais enfermo?

—No, gracias.

—A la mesa, entonces.

—Marcial—prosiguió el charlatán,—el brazo á las señoras.

El comisionista no tuvo que tomarse el trabajo de elegir.

Notó que un brazo se colocaba por debajo del suyo.

Era el de la bailarina.

—Te cogí y no te suelto—le dijo.

Durante la cena no se ocupó más que de él.

—Si supieses lo mucho que me molesta y me aburre *el cerdo*, me compadecerias. Todos los dias me dan ganas de coger la ropa y de largarme por no verle.

—No hagas eso.

—¿Por qué?

—Porque cometerías una necedad.

—¿Por los dollars?

—Claro.

—¡Ah! eres terrible; causas náuseas, antepones el dinero á todo.

—No soy el único.

—Mira, te detesto.

El excelente Marcial sabía á qué atenerse.

Las palabras decían: «Te odio»; y el tono añadía: «Te adoro.»

Fani, añadió, inclinándose á su oído:

—Irás á verme, al menos.

—¿Dónde?

La joven reflexionó:

—No vayas á la calle Vignon—repuso,—hay allí una portera muy vieja y charlatana, que por unos cuantos francos diría al señor Krocker todo cuanto supiese.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY

—¡Ah! se llama Krocker.

—Sí, sir Krocker.

—Está muy bien... Ha ganado una fortuna enorme vendiendo...

—Lo que todo el mundo vende en Chicago, gorrinos...

—No hay oficio denigrante. ¿Qué clase de tipo es?

—Un hombreton rojo, con un rostro tan colorado, que parece que se le va á romper la piel y la sangre á brotar. Tiene dos manos como batanes, unos hombros capaces de cargar con una casa y unas piernas como las columnas de un templo.

—Me parece que le estoy viendo, ¡qué contraste! Tú que eres tan pequeñita, tan delgadita, tan débil. ¡Pobre Fani!

La joven le suplicó por lo bajo:

—Vamos, ¿irás?... á Enghien. No se lo diremos á nadie.

—¿Pero y si sabe?...

—¿Quién, el señor Krocker?

—Claro, el señor Krocker.

—No hay allí más que un jardinero muy viejo, que me profesa gran cariño.

—¿Cómo se llama?

—El señor Jeromo.

—También tiene lengua, y puede hacer el uso que quiera de ella.

—No, le aleccionaré. Ya verás qué bonito es aquello. ¡Ah! el señor Krocker ha tirado el dinero por la ventana.

—Lo habrá hecho porque le sobrará.

La bailarina hizo un movimiento de tierna consideración.

—Ya sabes cuando quieras...

Marcial rechazó aquella insinuación con digno ademán.

—Por ahora lo rechazo; pero en caso de necesidad, lo haría en condiciones de préstamo.

La joven describió las maravillas de su cuarto de la calle de Vignon, y sobre todo las de su quinta.

Estaba encantada.

—Figúrate—dijo—una casa de ladrillo y piedra edificada en el fondo de un jardín lleno de flores. Las paredes posteriores están cimentadas á orillas de un lago. Desde mi balcón podría tirarme al agua sin hacerme daño, si supiese nadar.

—¿Pero no sabes?...

—No; te aseguro que es encantador.

—¿Y es tuyo ese palacio?

—Según parece, sí.

—¿No estás segura?

La bailarina se encogió de hombros.

—Me lo dijo y lo he creido.

—¿Pero no tienes los papeles?

—No.

—¡Tonta de capirote! ¡No serás nunca lista! ¡Estás hecha para ser explotada por seres sin conciencia!

Señaló á la tendera.

—Si tuvieras tú una cabeza como la de esa, estarías ya en vías de tener una fortuna.

Concertaron lo que debían hacer.

Al siguiente dia, á las cinco, se verían en la estación é irían á visitar el local.

A las ocho estaría de regreso en su teatro.

—Para que te silben—le dijo muy bajito

Marcial;—te aseguro que no vale la pena.

La joven contestó con la más perfecta indiferencia.

—¡Qué quieres!... Es muy original; debo decirte que eso le agrada mucho al tipo...

La cena terminó.

Fué alegre hacia el lado donde se hallaba el tenor del Horlage y de las dos coristas de azul y rojo; tempestuoso hacia el lugar del pintor y del escultor, que hablaban de arte sin entender jota; lúgubre al lado de Buscare, que decididamente tenía algo en la mollera, y práctico hacia donde se hallaba la tendera y la dueña, que charlaban de negocios.

A la una de la mañana la fiesta languidecía.

Ya se habían escurrido algunos convidados.

Poco después no quedaban en el comedor más que la bailarina, que pagaba la cuenta cogiendo luises á puñados en su bolsillo, lo cual hacia guiñar los ojos al agente.

En cuanto que su amigo Marcial la dejó en el coche, después de haberla dicho:—Hasta mañana—con la ternura que demostraba tener con las personas que estaban en fondos, entró en la sala y dijo á Buscare con acento deliberado:

—¿Quieres oirme dos palabras?

—¿Sobre qué?...

—Ya lo verás.

Se sentaron en un rincón del local, lo más lejos posible de la tendera y de la dueña, que seguian manipulando los negocios, y preguntó

—Cuando te marchaste para el célebre viaje del cual debías volver lleno de dinero, ¿qué es lo que ibas á hacer?

—¿Te importa acaso, pillastre?

—Hablo en serio.

—Me extrañaría...

—No hagas frases... Es posible que pueda hacerte un favor.

—¿Tú?

—Al mismo tiempo que me lo hago á mí mismo.

—¿Cómo?

—En dos palabras; tengo una pista.

—¿Pero buena?

—Es probable. ¿No fuiste á Bretaña?

—Sí.

—¿En busca de una joven?

—Sí.

—Cuyos padres son millonarios. Tú lo dijiste.

—¡Archimillonarios!

—¿Y que la han perdido como un paraguas que se olvida?

—Casi, casi.

—¿Podrias decirme las señas de la muchacha?

—No lo sé.

—¿Rubia ó morena?

—No puedo decírtelo con precision; más bien rubia.

—¿Su nombre no es Susana?

—¿Cómo lo sabes tú?

—¿No es eso?

—Sí.

—No charles en balde.

—¿Para qué me servirá?

—Para nada; pero tienes á veces bromas pesadas.

—No tengo ganas de broma.
—¿Por qué?
—Porque no voy ganando nada.
—Se trata de hacer un negocio muy bueno.
—¿Y tú tienes uno entre manos?
—No te lo puedo decir con seguridad, pero no tardaré en saberlo.
—¿Qué clase de asunto es?
—Ese es mi secreto.
—Puedes confiármelo.
—¿A tí?
—A tu padre.
El excelente Marcial dijo burlándose:
—¿Dónde está la prueba?
—Pero...
—Yo no conozco más que una cosa, el registro civil; me llamo Roquete y no Buscare... el nombre de la prisión, y os advierto que no me hace gracia el apellido, porque bromean conmigo.
—¿Entonces si por casualidad hicieses una buena operación?
—Seria para mí, como es natural.
—¿Los demás se rascarian las narices?
—Mucho lo temo por ellos.
—¿Aunque te lo hubieran indicado?
—No digo que no. La caridad bien entendida...
—¿Y tus padres?
—¿Mi madre?—dijo malignamente Marcial.
—Como quieras.
—Ya sé lo que hacer de ella; la pasaré una renta para que viva; pero este asunto se tratará después... Así es que ya estamos de acuerdo. ¿Fué en Bretaña?

—¿Adonde fuí? Sí.
—¿Y la joven se llama?
—Susana.
—¿Qué edad tiene?
—Diez y ocho años, próximamente.
—¿Conocías el nido?
—Sí.
—¿Y cuando llegaste?...
—El pájaro había volado.
—¿Hacía mucho?
—Desde hacía unos cuantos días.
—¿Para ir á...?
—Eso es lo que no sé, porque de lo contrario no estaría aquí.
Marcial se puso tan hueco como un pavo.
—Pues yo creo que he de saberlo yo.
—Dímelo en ese caso.
—¿Para qué? Si el negocio es bueno, ¿por qué no quieres que yo me aproveche?
—Debe ser para los dos.
—Ya hablaremos... Buenas noches, señor Buscare. Voy á reflexionar en la cama. No corre tanta prisa.
—Pero...
—No hay fuego en la casa... Hasta la vista.
El tunante pasó por detrás de su madre y dijo, besándola en la nuca:
—Buenas noches, mamá. He encontrado un plan para llegar á ser millonario. Si el asunto da de sí, puedes contar con tu lujo; te daré una buena pensión, doce mil francos anuales... ¿No te gustaría, eh? Buenas noches.
Se reía.
Cogió su sombrero, se lo puso sobre sus hermosos cabellos un poco ladeado; tiró su rosa,

que se habia marchitado, envenenada por el aire viciado, por los malos olores y por el humo; hizo una reverencia amistosa á la tendera y á la criada, y se marchó cantando por lo bajo una canción poco moral.

—¡Qué encanto de hombre!—exclamó la dueña.—¡Qué guapo y qué bien vestido va!

—Sí, sí—dijo Buscare con rabia;—pero si hubiera que contar con ese mico para que nos ayudara á vivir, nos llevaríamos un solemne chasco.

Y al ver que la tendera se disponía á marcharse, el gascón dijo á la dueña:

—Vamos, querida, buenas noches; y no sueñes conque tu guapo y buen mozo Marcial va á crearnos rentas.

—¿No te quedas?

—No, tengo que cavilar mucho. Hasta mañana.

—Adiós.

Cuando se halló fuera, y al mismo tiempo que se dirigía á su casa, situada en una infesta habitación de la calle Gaurot-de-Mauroi, se decía:

—¡Ah! pretendes saber las cosas y guardártelas para tí; ya lo veremos. He espiado á otros más tunantes que tú. Si tienes una gallina que ponga huevos de oro, di dónde está y seremos dos á aprovecharnos.

XVI

En un palco.

Aquella misma noche, en la Opera Cómica, se representaba esa maravilla que se llama *Carmen*.

El autor ha muerto antes de ver la apoteosis.

De cuando en cuando ocurre eso con los genios.

Aquel llevaba un nombre que apenas oyó pronunciar en vida: Jorge Bizet,

En cambio, pudo leer en vida la crítica tan acerba que de él hicieron esos sabios tan hinchados como pavos, que se dedican á críticos de periódicos, pues muy pocos poseen las cualidades necesarias del oficio.

Cuando estuvo en el otro mundo, se notó que había tenido genio en éste.

Algo tarde era.

Carmen ha dado la vuelta al mundo y continúa su marcha triunfal.

En un palco de la derecha del escenario había dos espectadores que se ocultaban á las miradas del público.

Había en él un hombre y una mujer,

El hombre era un anciano de sesenta años próximamente, pero que estaba aún muy tieso.

Su cabeza, en extremo distinguida con sus cabellos blancos, un poco rizados gracias á las tenacillas de su ayuda de cámara; su bigote gris, sus rasgos sonrientes y finos, acusaban lo que en el lenguaje hípico se llama sangre.